

ESPAÑA Y LOS MUNDIALES

Hay algo así como veinte temas que tienen un interés objetivo superior al del fútbol español. Pero creo que la actualidad de los Campeonatos del Mundo otorga un oportuno interés al tema. Se me antoja fascinante si tenemos en cuenta que después de la prensa de sucesos la deportiva es la que más amplia circulación tiene en nuestro país. Sería un tópico insistir en que cualquier español medio sabe quién es Gento y casi ningún español medio sabe quién es Walter Benjamin (ejemplo extremo, lo admito). Ya no sería tan tópico (aunque sí mucho más sorprendente) descubrir que cualquier español medio sabe quién es Planelles y que casi ningún español medio sabría decir quién era el señor Arias Salgado o el señor Salas Pombo. Y la cosa tiene su gracia, porque precisamente bajo la altísima protección de Arias Salgado fue cuando Salas Pombo acuñó aquella frase espartana: «Prefiero una juventud educada en los campos de deportes que en la lectura de Alberti».

La gran ausente

Los Campeonatos del Mundo han estimulado la imaginación de la prensa deportiva española y casi todos los diarios especializados han preparado trabajos monográficos sobre el magno acontecimiento. Me compro el primero que encuentro. Se trata de un profusamente ilustrado fascículo en cuya contraportada figura «el once» de la selección nacional bajo un poético titular: **La gran ausente**. La cosa empieza por un artículo demostrativo sumamente exclusivista. Si se hubiera titulado **Una gran ausente**, aún podríamos presumir de una cierta modestia que no vacilaría en lamentar la ausencia de Corea como nación participante. Creo que es tan lamentable la ausencia de Corea como la de España, porque proporcionalmente la participación coreana en los Campeonatos del Mundo de Fútbol ha sido mucho más intensa y lucida que la nuestra.

Gran, adjetivo sumamente mitificador. Intentaré evidenciar que la grandeza de España (me mue-

vo a niveles exclusivamente futbolísticos) no se ha fraguado precisamente ni en los campos de fútbol ni en las mesas de «ping-pong», por no hablar ya del «bridge», juego en el que nunca hemos tenido ni una Encomienda en la Orden de Alfonso X el Sabio, adquirida a partir de méritos contraídos por haber dejado bien alto el pabellón español sobre los más preclaros tapetes verdes del mundo.

Ausente, evidencia falsa, donde las haya. España estará presente en los Campeonatos del Mundo, y me apuesto lo que ustedes quieran a que frecuentemente asomará a través de los comentarios patrióticos. Podremos escuchar que Italia tiene una «escuadra» que «sólo pudo empatar» con los «Kubala boys», o que Alemania salió ampliamente batido del estadio Sánchez Pizjuán.

Sin embargo, por muy poco aficionado al fútbol que usted sea, en el fondo del inconsciente que comparte con todos sus compatriotas, le queda un poso de sabiduría convencional que le lleva a sorprenderse porque Marruecos o El Salvador acudan a México y España no.

—¿Cómo es posible? Zamora, Quincoces, Zarra, Suárez, Di Stéfano, Kubala, Marcial, Amancio... ¿Cómo es posible?

Usted es una víctima del mito del fútbol español. Usted, aunque haya visto el fútbol desde la barrera de la indiferencia, en el fondo estaba convencido de que hay un cordón umbilical que nutre a Amancio o a Uriarte desde el indomable estómago histórico de los mejores ejemplares de la raza: Indibil, Mandonio, Trajano y, en la más remota prehistoria, el insigne español por los cuatro costados al que se le ocurrió esculpir la becerrada de Guisando.

¡A mí, Sabino, que los arrollo!

En fútbol nunca hemos arrollado a casi nadie, pero ahí está el grito de: «¡A mí, Sabino, que los arrollo!», que ha sido la máxima traducción lingüística de esa broma de mal gusto llamada «furia española». Si ustedes vieron ju-

gar a Corea contra Italia en los Mundiales de 1966, pudieron comprobar la «furia coreana» o la furia de Allan Ball o la de Hurst o la de Jack Charlton o la de Beckenbauer. Ninguna quimera imperialista puede atribuir orígenes hispánicos a Beckenbauer, y es muy difícil remontar la «furia coreana» a una influencia espiritual y remota de San Francisco Javier. También resulta difícil, aunque no imposible, relacionar la furia de los Charlton o de Ball con el precario matrimonio de conveniencia entre Felipe II y María Tudor o la influencia del tomate canario sobre la alimentación de la selección británica.

Y, sin embargo, el mito de la furia española campa por sus respetos y reaparece en todas las facetas deportivas del país. Sólo ha habido un deporte que nos haya proporcionado satisfacciones épicas de dimensión universal: el hockey sobre patines. También se ha hablado mucho de la furia de los Más, Trías, Puigbó, Gallén, Carbonell, Sabater, etcétera. Muy poco, en cambio, se ha hablado de este deporte como «public relations» de los colegios religiosos catalanes, inagotable cantera de furiosos hispánico-rodantes que han puesto el mástil de nuestra bandera sobre los cojinetes más triunfales.

Si ustedes bucean en su memoria, incluso en su memoria menos interesada por el tema, comprobarán que la historia épica de la furia española es una larga historia de conjuras, lisiados y autojustificaciones en general. ¿No han sollozado nunca ante la estampa de un Vallana cojo y, sin embargo, convertido en un auténtico muro ante oleadas de extranjeros dispuestos a invadir la meta de Zamora? ¿Nunca han tenido la sensación de que la hidalga España siempre ha jugado contra equipos de cincuenta jugadores? ¿Nunca se han parado a pensar en esa extraña raza de enemigos de España en la que figuran desde el almirante Nelson hasta el árbitro Mercet, que tan alevosamente eliminó a España en la ronda final de los Campeonatos Mundiales de 1934?

No hay historia universal más triste y digna que la española.

Ya empieza la cosa mal con lo de Eva y la manzana (es muy posible que el Paraíso Terrenal estuviera en los alrededores de Castro-Urdiales), pero nos defendimos como pudimos gracias a la Ley Sálica. Antes nos habían invadido todos, absolutamente todos: fenicios, cartagineses, griegos, romanos, bárbaros, árabes, vikingos, portugueses, ingleses, franceses, afrancesados, internacionalistas, «hippies»... A Hernán Cortés ya saben todos cómo le pagaron los aztecas, y a Pizarro, ¿es preciso mencionar a los araucanos?

¿Puede la furia española enfrentarse a una conjura internacional que a través de la inocente mano de un bambino nos elimina de los Campeonatos del Mundo de 1954?

El prestigio y la historia

Una de las publicaciones especializadas aparecidas en estos días ha razonado así el disgusto que siente el público mexicano por la no participación de España en los campeonatos:

«La selección española, como saben todos los aficionados, no estará presente en Méjico (se escribe México, por cierto). Para el público azteca —y ya no digamos para el nuestro— ha sido una gran decepción. Por dos razones: por prestigio y por historia».

Veamos dónde nace el prestigio y la historia del fútbol español: España es una de las siete naciones fundadoras de la FIFA en 1904. En los Campeonatos de 1930, la selección española no participó. En los de 1934 debutó contra Brasil y venció por 3 a 1. Vino después un encuentro de cuartos de final entre España e Italia. «Doscientos un minutos emplearon Italia y su poder ambiental (se jugaba en Italia) para apear a España de la competición», dice la publicación de marras. En el primer partido se termina con empate a uno. La conjura internacional (al menos intereuropea) se arma ante el se-

gundo partido. El árbitro belga Baert cedió su puesto a Marcet, el funesto Marcet. ¿Por qué era funesto Marcet? Porque era de la Suiza italiana. ¡Increíble! Tal como ustedes lo están leyendo. «Los italianos marcaron un tanto muy discutible por medio de Meazza contra un equipo español de circunstancias que, además, terminó con sólo diez hombres, siete de ellos cojeando. España salía vendida, pero con la cabeza alta».

No participamos en los de 1938 por culpa de la guerra civil. Fue una lástima. Porque, sin duda, éste sí que lo habríamos ganado. Se jugaba en Francia, y ya se sabe que las tierras de Francia han cumplido el inevitable papel histórico de reafirmar las mejores gestas españolas: San Quintín y las victorias de Manolo Santana en el Roland Garros.

Ni en 1942 ni en 1946 se celebraron Campeonatos del Mundo. Corramos un tupido velo. España estaba en inmejorables condiciones para ganar en ambas fechas y, en cambio, las grandes potencias futbolísticas tenían movilizados a todos los componentes de sus selecciones respectivas. Pero, una vez más, no se hizo justicia, y la selección española no pudo demostrar su valía.

1950. Pese a los malos presagios (las contundentes victorias que lograron la selección nacional italiana frente a la española y diversos clubs latinoamericanos frente a clubs españoles) aquél iba a ser nuestro año. Claro que no participaba un setenta por ciento del mejor fútbol mundial: Italia (diezmada por el accidente aéreo del Torino), Argentina, Alemania, los países del campo socialista. Claro que Inglaterra acudía con un equipo de posguerra (apenas hacía cuatro años que se había normalizado el fútbol británico), pero las victorias sobre Estados Unidos, Chile e Inglaterra fueron jaleadas por los medios informativos españoles como victorias mitológicas, fuera de toda medida. A nadie se le ocurrió relacionar tan descomunales hazañas con la precaria prehistoria o con la lamentable presencia internacional de nuestra selección en la década de los cincuenta. Siempre hubo algún motivo de autojustificación.

En 1954, un «bambino» nos hizo el favor de eliminarnos por azar, cuando ya era una derrota objetiva el no haber podido resolver la eliminatoria con Turquía en los campos de fútbol. Pues bien, las que tuvo que oír el pobre chaval.



ESPANA está ausente de los Campeonatos Mundiales de México. ¿Dónde fue a parar la furia española? En 1962, con la colaboración de Di Stéfano, se llegó a la fase final. Hoy, los "ases" hispanos reposan en la Península, lejos del antiguo feudo del imperio, entregados a divertimentos menos agotadores que los encuentros mexicanos...



Hasta se puso entre comillas (los entrecomillados periodísticos españoles son dignos del análisis de un T. W. Adorno) lo de su «mano inocente», y todo porque los turcos, agradecidos e hidalgos, le pagaron el viaje y la estancia en Suiza para que presenciara los Campeonatos.

En 1958, nuestra delantera es, teóricamente, la más potente del mundo: Basora o Miguel, Kubala, Di Stéfano, Suárez y Gento. No pasamos las eliminatorias con contendientes como Suiza. Sin duda se cernía el fantasma sectorio del italo-suizo Marcet.

En 1962, por fin, se llega a la fase final, con la colaboración de Di Stéfano, Santamaría y Puskas. Pero allí nos venció Checoslovaquia y Brasil. Esta última fue una «derrota inmerecida», según pregona la prensa. No se llegó a la auténtica fase final.

En 1966, tras un mes de concentración del equipo, se acude a Londres con «los luises de oro» y todo lo demás. Pero tampoco es aquél nuestro Campeonato y rueda la cabeza del seleccionador.

Finalmente, no nos hemos clasificado para México-1970.

¿Dónde están el prestigio y la historia?

Tierra de castillos

Esta tierra de castillos en el aire se ha inventado el mito del fútbol español. Frente a esta referencia de la ridícula participación de España en los Campeonatos Mundiales, sólo hay que oponerle la victoria de la selección nacional en la Copa de Europa de 1964. Una victoria conseguida en España, en un desafortunado ambiente político-deportivo y con base real tan efímera como la que evidenció el fracaso en el mundial de 1966.

Otro argumento mitológico son las victorias de los clubs españoles en distintas confrontaciones internacionales: Real Madrid, en la Copa de Europa, y Barcelona, en copas Latina y Euroferias. Resulta paradójica la reivindicación nacionalista de victorias logradas a base de Kopa, Di Stéfano, Puskas, Rial, Santamaría, Domínguez o Kubala, Kocsis, Czibor, Evaristo, Eulogio Martínez, Hanke, etcétera, etcétera. Y, sin embargo, se ha insistido una y otra vez en dar el mito por válido. Cualquier derrota internacional refiere inmediatamente a «aque- llos tiempos», a «el pasado esplen-

Esto es un traje

Boyman



Con todos los detalles
de la actual Moda Masculina:
Dos botones en la americana.
Solapas anchas, la propia americana
larga y ajustada
a la exacta medida
y el pantalón con vueltas.



ESTOS SON LOS ESTABLECIMIENTOS DONDE PODRA USTED ESCOGER SU TRAJE FIRMADO

Boyman



ALBACETE: El Precio Fijo - Mayor, 22 — ALICANTE: Waren's, S. A. López Torregrosa, 5 — ALICANTE PROV.: ELCHE - Waren's, S. A. - Merino Antón, 3 — ASTURIAS PROV.: OVIEDO - Botas
Uria, 24 y 26 — GIJÓN: Botas - Moros, 47 — BARCELONA: Maxcall - Rambla Canaletas, 138 - Maxcall - Avda. de Roma, 155 - Maxcall - Sants, 38 — BARCELONA PROV.: BADALONA - Maxcall - Mar, 14
CALELLA: Pladens - General Mola, 101 — GRANOLLERS: Francisco Escarmis - Anselmo Clavé, 75 — MANRESA: Industrias y Almacenes Jorba - Juan Jorba, 34 — MARTORELL: Jaime Marcobal -
Anselmo Clavé, 1 — MATARÓ: Almacenes San Jorge - Rambla Generalísimo, 68 — SAN BAUDILIO: Eduardo Santandreu - Rambla Caudillo, 8 — SAN FELIU LLOBREGAT: Juan Requena - Avda. Cau-
dillo, 190 — SANTA COLOMA GRAMANET: Luis Molero - Jacinto Verdagué, 165 — TARRASA: Manuel Cañameras - Quemadas, 28 — VILAFRANCA PANADES: Eudaldo Besoli - Avda. José Antonio, 4
CACERES: Crescencio Pérez - General Franco, 12 — CADIZ PROV.: JEREZ DE LA FRONTERA: Casa Enriquez - Doña Blanca, 25 — PUERTO SANTA MARIA: Casa Enriquez - Larga, 102 — CIUDAD REAL
PROV.: ALCAZAR DE SAN JUAN - Jesús Cano Cano - General Alcañiz, 6 — MANZANARES: Rafael Noblejas - General Mola, 3 — CORDOBA: Almacenes Antonio Molina - Cruz Conde, 6 - Almacenes An-
tonio Molina - García Lovera, 4 — CORDOBA PROV.: LUCENA - Jerónimo López - Plaza Generalísimo, 20 — CUENCA: Galerías Cuenca - Avda. José Antonio, 31 — GERONA: Maxcall - Santa Clara, 6
GERONA PROV.: CAMPRODON - Miguel Ylla - Ferrer Barbard, 6 — FIGUERAS: Sastreía Font - Plaza Generalísimo, 5 — OLOT: P. Puigferrer y M. Ylla - Ferrerons, 9 — GRANADA: Olmedo, S. A. - Angel
Ganivet, 3 — GRANADA PROV.: MOTRIL - Almacenes Carrasco - Plaza Canalejas, 1 — HUELVA: Gicos - General Mola, 8 — JAEN PROV.: ANDUJAR - Galazo, S.R.C. - San Francisco, 6 — LINARES:
Confecciones Polaina - Avda. José Antonio, 43 — UBEDA: Tejidos "El Métrico - Trinidad, 5 y 7 — LA CORUÑA: Federico Nogueira, S. L. - San Andrés, 89 — LAS PALMAS DE GRAN CANARIA: Cuadra-
do Insular, S. L. - Triana, 70 — LERIDA: Enrique Baraldes - Mayor, 11 — LERIDA PROV.: BALAGUER - Ramón Pujadas - Abajo, 11 — MADRID: Amilasa - Bravo Murillo, 194 - Maxcall - Bravo Muri-
llo, 152 - Maxcall - Conde Peñalver, 5 - Maxcall - Puerta del Sol, 3 — MALAGA: Rodríguez Hermanos - Calderería, 7 — MALAGA PROV.: ANTEQUERA - Sastreía Gómez - Comedias, 14 — MURCIA:
Antonio Medina - Platería, 64 — MURCIA PROV.: CARTAGENA - José Velasco "Jovelca" - Puerta de Murcia, 18 — ORENSE: Adolfo Domínguez - Avda. La Habana, 60 — PAMPLONA: Comercial Cua-
drado - Carlos III, 6 — PALMA DE MALLORCA: Establecimientos B. Marcedal - Tous y Marro, 1 — SANTANDER: Manuel Lalin, S. A. - Hernán Cortés, 9 — SANTA CRUZ DE TENERIFE: Jerónimo
Pecobo - Pilar, 5 — SEVILLA: Galerías San Sebastián - Rioja, 10 — TARRAGONA: José M.ª Plana "LANDOR" - Hermanos Landa, 12 — TARRAGONA PROV.: REUS - Manufacturas Guerrero - Monte-
rolis, 18 — TOLEDO: Confecciones Navarro - Comercio, 7 — VALENCIA: Waren's, S. A. - Moratín, 1 y 3 — VALENCIA PROV.: JATIVA - Waren's, S. A. - República Argentina — VALLADOLID: Maxcall -
Duque de la Victoria, 15 — ZARAGOZA: Maxcall - Requeté Aragonés, 6



dor del fútbol español». ¿Dónde está ese pasado esplendor?

En setenta años de futbolismo regular y periódico sólo dos futbolistas españoles han tenido una auténtica cotización internacional: Zamora y Luis Suárez. Otros dos han sido ocasionalmente valorizados: Navarro (defensa lateral del Real Madrid) y Amancio, pero nada más, absolutamente nada más. Las grandes dimensiones del fútbol nacional han sido puramente quiméricas en lo internacional, en exacta proporción inversa a lo real de su envergadura nacional. Es más. Sólo a costa de la alienación popular compartida, sólo a costa de esa magnitud artificial de los estadios llenos, de la épica para estar por casa, de ídolos no competitivos a nivel internacional, de orquestación político-futbolística, sólo a costa de estas propuestas falseadas ha sido posible la construcción de un mito estable, que nos obliga a tomar considerable distancia para descubrir su grotesca no-existencia.

El propósito mitificador subsiste, porque de él viven un buen puñado de intereses comprometidos. Ha disminuido un tanto el interés mitificador superestructural que empleó la inteligencia política (la política es el arte de lo posible) para sustituir el «Pan y Toros» por el «Pan y Fútbol». Ahora el «Pan y Televisión» se revela mucho más eficaz. Pero continuamente se recurre al trucaje, incluso al modernísimo trucaje de los datos inapelables. Por ejemplo, cierta publicación resume así la participación de España en todos los mundiales:

Partidos jugados.....	36
Ganados	18
Empatados	8
Perdidos	10
Goles a favor	74
Goles en contra... ..	48

Una lectura normalizada de estos datos asume un balance sumamente positivo para la selección nacional. Y se falsea que de esos treinta y seis partidos jugados se ganaron los que nos enfrentaban a Portugal, Irlanda, Suiza, Finlandia, etcétera, y se perdieron aquellos que nos eliminaban. Los datos tienen un nivel insospechado de falsedad. Pudimos ganar por 6 a 0 a Finlandia, pero bastó que perdiéramos por 2 a 1 frente a Bélgica para ser eliminados del Mundial 1970.



ESPAÑA Y LOS MUNDIALES



1950. Pese a los malos presagios, España dio guerra en Maracaná, el gigantesco estadio brasileño. Arriba, una de las alineaciones de entonces: Ramallets, Puchades, Parra, Alonso, Gonzalvo III, Gonzalvo II (de pie); Basora, Igoa, Zarra, Panizo, Gainza (arrodillados). En 1954, un "bambino" nos eliminó por azar, dando el pase a Turquía...

Vivapaña

Hay entre nosotros una tendencia al vivapaña, sobre el que se asientan las principales construcciones de nuestro peculiar irracionalismo. El fútbol no podía ser una excepción. Claro que hay otros campos y otras reglas fijadas a partir del mismo principio irracional, mucho más dramáticas e indignantes. Mejor dicho, dramáticas e indignantes, sin el mucho más. Porque la mitología futbolística nacional es más grotesca que dramática, y mucho más hilariante que indignante.

Si a usted, como a mí, le gusta el fútbol, habrá comprobado domingo tras domingo que el fútbol español no existe. El llamado «boom» de los entrenadores extranjeros en la Liga 1969-1970 ha consistido en una simple ordenación mínima de despropósitos que los entrenadores extranjeros se han permitido por su carisma de extranjeros. Es natural que un país que tanto falsea sus mitos nacionales tenga también muy desarrollada la mitología de lo extranjero, y en el fondo le parezca mucho más auténtica que la propia.

Pero el Sevilla de Max Merkel era algo así como un conjunto de futbolistas a destajo, con tanta hambre de balón que a veces se olvidaban de él. Merkel ha sabido

inculcarles el afán de sobrevivir de los obreros españoles en Alemania.

El Bilbao de Ronnie Allen parecía un Segunda División británico con más fuelle que sus competidores, equipos equivalentes a la Segunda División italiana.

El Atlético de Madrid de Domingo era un equipo irregular que no impuso nunca su propia factura, pero con la suficiente potencia como para marcar un tanto más que sus adversarios, sin desarrollar ningún juego brillante.

El Barcelona de Buckingham se ha limitado a ser un equipo mejor racionalizado que el de Seguer, pero no ha llegado ni al nivel que le dio Artigas. La máxima aportación de Buckingham es él mismo, su sorprendente inteligencia que, para empezar, ha sorprendido a un elevado tanto por ciento de los propios jugadores y de la prensa especializada, especializada en entrenadores con cuatro tópicos verbales. Buckingham pasará a la historia del fútbol español por su capacidad de distancia y parodia de la «fiesta nacional». El es el que ha calificado a nuestro público de neurótico. Y nunca un público se vio servido de mejor adjetivo.

Para empezar, los clubs en España son una prolongación de las «public relations» de determinados magnates de cada comunidad urbana; para continuar, la estruc-

tura neurótica del público (en la que repercuten una mayoría de factores extrafutbolísticos) desvirtúa no ya el sentido de los partidos y las competiciones, sino incluso la mitología que se construye a partir de ellos; para acabar, la prensa especializada se constituye en un juez de parte, supuestamente al lado del público, pero, en general, con un nivel crítico bajísimo que se traduce en el lenguaje empleado y en la capacidad analítica de la mayoría de los cronistas deportivos.

Si a todo esto suman que el fútbol es un instrumento de emancipación vital para una inmensa mayoría de profesionales que proceden de los sectores más pobres de la población, y que ese factor de emancipación vital está sometido a las veleidades de directivos, periodistas y técnicos agarrotados por el miedo... comprenderán por qué nuestros futbolistas corren y corren como el protagonista de Corre Conejo, para que nadie pueda decirles que no sudan la camiseta, pero con el ojo puesto en el directivo influyente, en el periodista cejijunto, en el técnico inseguro. El fútbol es, en definitiva, una prolongación de la Gran Farsa, evidenciada en una de sus facetas más gratuitas, pero también más sociológicamente determinantes.

■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.